EL FINAL DE LA PARTIDA

por José León Cano

Para quien tuviera abiertos los ojos del alma, estaba claro que allí había una Fuerza capaz de hacer sangrar a las paredes y despertar a las sierpes de la angustia. Una Fuerza que servía de sustento a las bajas pasiones, a la vez que se alimentaba de ellas. Los que eran capaces de experimentar su presencia, la sentían como una música abyecta que sólo pudiera escucharse a través del sobrecogimiento del corazón; y aquel atardecer la Fuerza hacía resonar, en el pecho de los sensitivos, la más espantosa de sus melodías.

Caía la lluvia, con la tarde, en los ámbitos estrechos del claustro. El suelo del jardín, de leprosa oscuridad, se dejaba empapar con la pasividad de quien hubiera recuperado demasiado tarde al amor de su vida, pues ya nada podía fructificar en él. Pero el ligero temblor de los secos ramajes, la desacostumbrada avidez con que el agua era absorbida, podía crear la ilusión de que alguna odiosa turba de seres sin forma ni volumen recogiera la vida contenida en el agua para crecer cada vez más profundamente hacia abajo.

Como si fuera consciente de su lenta derrota, una turbia claridad hacía frente, penosamente, a la bruñida piel de la noche, que ya insinuaba su incipiente magia por los rincones oscuros. Y toda la melancolía del mundo tenía cabida en aquel angosto lugar. En su alucinada carrera hacia la inmortalidad, el sucesivo fracaso de las generaciones había dejada huellas purulentas sobre los cada vez más borrosos muros, sembrados de viejas inscripciones medievales. Las cuales recordaban que aquí y allá estaban sepultados los nobilísimos restos de un duque de ilegibles apellidos, de un almirante que hubo de sucumbir ante la superioridad ¾ficticia¾ de una flota sarracena, o de un gentilhombre de iglesia cuyos brocados y gayos saberes deslumbraron estancias ahora marchitas u olvidadas.

Pasiones oscuras, las que más brillo inculcan a la mirada de los hombres, se sustentaban de la Fuerza que residía en el palacio gótico, ajena la sucederse de los siglos. Muertes violentas y hechos espantosos, aunque poco dignos de ser aceptados por la cordura, se habían sucedido igualmente bajo los podridos artesonados que, en sus rincones ocultos, servían de guarida a los murciélagos. Derribado junto al vitral del gran salón, al otro lado del claustro, el cuerpo de una mujer desnuda apareció de madrugada, en las prostrimerías del Siglo Dieciocho, con una moneda del Emperdador Diocleciano atravesada en la garganta. Nadie logró descubrir la identidad del fascinante cadáver (la suave piel aceitunada, los senos como manzanas en agraz, atroz la expresión de su boca